

tela robar por medio de ésta (38). Cuando la cedas por miedo, no es mas que para ahorrarte una guerra; y con la mayor frecuencia no la evitas. Aquel á quien, por efecto de una visible cobardía, hayas acordado lo que él quería, no parará en esto sólo. Querrá quitarte otras cosas; y se enardecerá tanto más contra tí, cuanto menos te estime á causa de tu anterior flojedad, y que, por otra parte, no puedes menos de hallar tibios á sus defensores, con el motivo de que les parecerás cobarde ó débil. Pero si habiendo descubierto prontamente las intenciones de tu enemigo, preparas al punto tus fuerzas contra él, comienza á estimarte, aun cuando sean inferiores á las tuyas; y los demás príncipes conocen que se aumenta entonces su aprecio para contigo (39). Alguno de aquellos que, si te abandonaras á tí mismo, no te auxiliaría jamás, tiene ganas de ayudarte luego que te ve volar á las armas. Esto se refiere al caso en que tuvieras enemigos con que embestir: si careciera ya de ellos, obrarías siempre prudentemente en devolver á alguno de los que lo hubieran sido, lo que poseyeras todavía de las cosas que le pertenecen (40); y deberías hacer esta restitución propia para ganártele, aun cuando por otra parte te hubieran declarado ya la guerra, por-

(38) No era en mí el miedo de la fuerza ajena, sino la esperanza de un próximo recobro de mi fuerza por entero. E.

(39) Verdades comunes y triviales. R. I.

(40) Medio de debilidad. R. I.

que este procedimiento le separaría infaliblemente de la liga de tus enemigos (41).

### § VIII

*Cuán peligroso es para un Príncipe, así como para una República, el no castigar un ultraje hecho á una nación ó particular*  
(Cap. 28 del lib. II)

Puede conocerse cuanto la indignación, causada por la impunidad de los culpables, debe ocasionar de funesto si se considera lo que aconteció á los romanos por no haber castigado la perfidia de sus tres embajadores con respecto á los franceses (42), para los cuales se había enviado á Clusi. Estos atacaban esta ciudad de Toscana; y sus moradores habían pedido socorro á Roma. Los embajadores romanos que eran tres Fabios, habían recibido el encargo de disuadir, en nombre del pueblo romano, á los franceses de hacer la guerra á los toscanos. Pero hallándose trabada ya la pelea cuando ellos llegaron, se pusieron inmediatamente del lado de estos últimos, contra los franceses; y enajenados estos con la indignación que resentían, dejaron al punto la Toscana para dirigirse contra Roma. Su fuerza tomó incremento en su marcha, porque supieron que los diputados que ellos mismos habían enviado al Senado romano para quejarse de los su-

(41) Uno de más ó menos qué importa, cuando tenemos la fuerza de derrotarlos á todos juntos, y de hacerlos esclavos nuestros. R. I.

(42) Siempre los Franceses por los Galos. G.



yos, y pedir que en satisfacción del perjuicio que se les había causado, se les entregasen, ó fuesen castigados de otro modo, no solamente no habían sido oídos, sino que además, en presencia de ellos, los comicios habían creado tribunos á los tres pérfidos Fabios, y que aun les habían conferido la potestad consular.

Viendo los franceses honrados hasta este grado á los que no eran dignos mas que de ser castigados, miraron esta conducta como ofensiva é ignominiosa para sí mismos, y enardecidos de ira é indignación cayeron sobre Roma y la tomaron, excepto únicamente al Capitolio (43).

Ahora bien, no acaeció esta desgracia á los romanos sino porque habían faltado á la justicia; porque sus embajadores, que debían castigarse por haber obrado criminalmente contra el derecho de las naciones, eran colmados de honores por esta infamia misma.

Cuiden, pues, bien tanto los príncipes como las repúblicas de no hacer nunca injuria grave á una nación, y ni á un simple particular; porque si ofendido gravemente un hombre, ya por el público, ya por un particular, no recibe satisfacción de ello, se vengará de un modo funesto siempre para el Estado. Si esto acaeciera en una República, la vengan-

(43) Los Galos de hoy día le probaron igualmente bien que no se asesina impunemente á su Embajador, y que la muerte de un Basseville puede dar pretexto á terribles empresas. G.

za del ofendido se dirigiría á arruinarla (44); y si esta impunidad se verifica bajo el gobierno de un Príncipe, y que el ofendido tenga algún honor, no estará nunca sosegado hasta que se haya vengado en el Príncipe mismo, aunque debiera hallar su propia desgracia en el acto de su venganza (45).

No podemos recordar un ejemplo más palpable de esta verdad que lo que sucedió á Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno. Tenía en su corte al joven Pausanias, tan noble como era hermoso; habiendo cogido Atalo, uno de los primeros cortesanos de Filipo, una pasión infame á este joven, y tratado en balde de hacerle consentir en los deseos de su brutalidad, concibió el designio de lograr, por medio de la falacia ó la fuerza, lo que sabía no poder alcanzar de otro modo. Para este efecto convidó á Pausanias, con otros muchos caballeros de la nobleza, para un gran festín; y después de haber reducido á estos á la brutalidad de la desatención con la abundancia de los vinos y manjares, hizo robar á Pausanias, al que, por su orden, condujeron á un lugar apartado, en el que no contento con profanarle le hizo profanar también por otros muchos. Pausanias se quejó muchas veces de este ultraje á Filipo, quien, después de haberle da-

(44) La venganza de Carlota Corday podía tener este efecto. G.

[45] Debo también contar mucho con el efecto de estos resentimientos parciales de parte de los unos á los que no se ha sabido más que ofender, sin saber inhabilitarlos para perjudicar, y aun dejándoles todos los medios de ello. E.



do por mucho tiempo esperanzas de vengarle, no solamente no hizo nada que sirviera de satisfacción, sino que también añadió su propia injuria á la que se había hecho ya á este noble mancebo; porque propuso á Atalo para un gobierno de la Grecia (46). Viendo Pausanias que un culpable tan infame, bien lejos de ser castigado, era honrado, le olvidó para dirigir todo su resentimiento contra Filipo que no le había vengado; y en la mañana de un día solemne destinado á la celebración de las bodas de la hija de este Rey, acordada en matrimonio á Alejandro de Epiro, al tiempo que yendo el monarca de Macedonia al templo para la ceremonia marchaba entre los dos Alejandros, el uno su yerno, y el otro su hijo, le asesinó Pausanias.

Este ejemplo, harto parecido al que me han suministrado los romanos, debe hacer impresión en cuanto hombre reina: el Príncipe no debe tener nunca en tan poco á ninguno de sus súbditos, que crea que agregando su propia injuria á la que uno de ellos haya recibido de un particular ó palaciego, haga que el ofendido no tenga la idea de vengarse con detrimento del Príncipe, aun cuando en ello hallara el de su propia persona.

[46] Vemos hacer muchas faltas de esta especie. E.

## § IX

*La fortuna ciega el espíritu de los hombres, cuando ella no quiere que se opongan á sus designios (Cap. 29 del lib. II)*

Si se considera bien cómo van las cosas humanas, se reconocerá que á menudo sobrevienen accidentes contra los que los Cielos no quisieron que los hombres pudieran preservarse (47). Supuesto que esto acaeció en Roma, en que había tanto valor, tanta piedad, y un orden tan perfecto, no es de extrañar que lo veamos acaecer frecuentemente en esta ciudad, en aquella provincia, que no poseen los mismos beneficios. Y como Roma es muy notable en la prueba que ella nos presenta del dominio del Cielo sobre las cosas humanas, demostró ampliamente en la historia de esta ciudad Tito-Livio semejante verdad con hechos y raciocinios. Termina su exposición con las siguientes palabras: «Así ciega la fortuna los espíritus cuando ella no quiere que se reprima su fuerza, celosa de triunfar:» *Adeo obcoecat animos fortuna cum vim suam ingruentem refringi non vult.*

No habiendo cosa ninguna más verdadera que esta conclusión: los hombres cuya vida se forma de grandes adversidades, ó de una perenne prosperidad, no merecen censura ni elogios (48); se verá

[47] Esta razón puede explicar y justificar mis reveces. E.

[48] Sin contratiempos ningún mérito. R. C.



con la mayor frecuencia que los que llegan á una gloriosa elevación, ó que caminan hacia su ruina, son conducidos como naturalmente por los Cielos que les proporcionan propicias ocasiones, ó les privan de la facultad de obrar con valor (49).

Cuando la fortuna quiere que se obren grandes cosas, obra competentemente eligiendo á un hombre de un ingenio bastante vasto para conocer las ocasiones que ella va á presentarle, y de un valor bastante grande para poder aprovecharse de ellas (50). Obra ella igualmente muy bien cuando, queriendo que sucedan grandes desastres, pone al frente de los negocios á aquellos hombres limitados, tímidos ó torpes, que no saben mas que auxiliarla en las ruinas que ella proyecta (51). Si entonces se presenta alguno que tenga fuerzas para oponérseles, le hace perecer ella, ó le priva de todo medio de ejecutar ninguna empresa útil (52).

Es, pues, mucha verdad que los hombres pueden dar auxilio á la fortuna; pueden dirigir, pero no cortar el hilo de sus operaciones. Sin embargo, no deben desanimarse jamás; porque no sabiendo el fin que ella lleva, y caminando ellos mismos por sendas desviadas y desconocidas, tienen siempre lugar de esperar, y por consiguiente de sostenerse con la

(49) ¿Debía yo verme privado de esta facultad, después de haber tenido las ocasiones? E.

[50] Había justificado yo, gloriosamente para ellas su elección. E.

[51] Esto va á hacer mi consuelo. E.

(52) Espero que estarán reducidos á esto. E.

esperanza, en cualquiera circunstancia crítica ó incómoda que se hallen (53).

### § X

*Un gobierno debe guardarse bien de confiar mandos, ó administraciones de alguna importancia, á los que él tiene ofendidos*  
(Cap. 17 del lib. III)

Esta verdad es de tanta evidencia, que basta con exponer aquí el grande ejemplo suyo que la historia romana nos presenta.

Claudio Nerón abandonó el ejército que tenía á la vista del de Aníbal; y trajo una porción suya á la Marca, hacia el otro cónsul para combatir con él contra Asdrubal antes que éste se reuniese con Aníbal. Se había hallado anteriormente en España á la vista de Asdrubal, y le había estrechado en tanto grado con su ejército, que era menester ó que éste pelease con una suma inferioridad, ó que muriese de hambre; pero Asdrubal le había entretenido con tantos ardidés que salió del apuro y le hizo malograr la ocasión de vencerle. Conociendo el Senado y pueblo romano la falta que Claudio Nerón había cometido en esta circunstancia, le censuró severamente; y se habló de él en toda la ciudad con indignación, y de un modo infamatorio. Cuando hecho después cónsul, fué enviado contra Aníbal, tomó la resolución de que acabamos de hablar, y esta reso-

[53] La esperanza tan lejos de abandonarme de resultas del obstáculo de Diciembre, se aviva más y más cada día. E.



lución fué muy peligrosa; aunque Roma permaneció en la perplejidad y una especie de agitación hasta que hubo estado noticiosa de la derrota de Asdrubal. Cuando preguntaron á Claudio con qué motivo había tomado una tan peligrosa determinación, exponiendo así la libertad de Roma, sin una extrema necesidad, respondió que la había tomado porque sabía que si triunfaba, recuperaría la gloria que había perdido en España, y más especialmente porque en el caso contrario, si no salía victorioso y que su determinación tenía un éxito adverso, quedaría vengado con ello de Roma y de sus ciudadanos, que tan ingrata é indiscretamente le habían ofendido (54).

Cuando vemos que el resentimiento ejerce un tan grande influjo sobre un ciudadano romano, en aquellos tiempos en que Roma no estaba corrompida, debemos prever cuanto él puede hacer en el ciudadano de un Estado en que se ha introducido la corrupción, y en que las almas están absolutamente destituidas de la antigua magnanimidad romana (55). Pero como no es posible aplicar remedio ninguno cierto á los desórdenes de esta especie, cuando ellos nacen en las repúblicas, se sigue que es imposible constituir una República perpetua, porque ella tiene en su seno mil causas imprevistas de una repentina destrucción (56).

[54] Yo hubiera hecho otro tanto.

(55) Poderoso motivo de esperanza y confianza. E.

(56) Sin contarme á mí; su República directorial no espera más que á mí; sólo para acabar. G.

## § XI

*Por qué los franceses fueron y son todavía mirados, al principio de un combate, como más que hombres; y menos que mujeres cuando él se prolonga (Cap. 36 del lib. III)*

La arrogancia de aquel francés (57) que hacia el río Anio provocaba á cualquier romano á combatir con él, me hace recordar á continuación de la lucha que tuvo que sostener, lo que Tito-Livio dijo con mucha frecuencia de los hombres de la nación francesa; es, á saber: que son al principio de una batalla más que hombres, y en lo sucesivo de la misma batalla menos que mujeres. Habiendo indagado muchos políticos la causa de esta singularidad, creyeron que ella se hallaba en el natural de los franceses; creo que esto es verdad; pero no creo que su naturaleza, que los hace tan terribles en el principio, no pueda combinarse con el arte de la guerra, de modo que ellos permanezcan unos mismos hasta el fin de la batalla (58).

Para probar mi opinión, debo notar que hay tres especies de ejércitos; la primera es aquella en que el orden se hermana con el furor, y en que el furor y valentía dimanan del orden que reina en ella: tal fué el efecto del que los romanos observaron en sus ejércitos. Todos los historiadores nos afirman que ellos estuvieron bien ordenados, y que los jefes los

[57] Galo. G.

[58] He llevado esta combinación hasta el supremo grado de acierto. G.



habían sujetado á una disciplina militar que debía conservarles su fuerza por mucho tiempo. En un ejército bien ordenado, ningún guerrero debe hacer nada que no esté arreglado; y por esto, en aquel ejército romano que todos los demás deben tomar por modelo supuesto que él llegó á hacerse señor del orbe, no se comía, no se dormía, no se compraba ni se vendía, y no hacía acción ninguna, ya militar, ya doméstica, sin la orden del cónsul.

Los ejércitos en que las cosas no pasan así, no son verdaderos ejércitos; y si parecen serlo al primer choque, es por su furor, por su impetuosidad, y no por el valor que los antiguos llamaban *virtud*. En cuantas partes se halla un valor bien ordenado, emplea á su furor según unos modos arreglados, y según los tiempos convenientes; ninguna dificultad le espanta, ni le hace desalentarse, porque las excelentes órdenes que la dirigen, avivan su brío y furor que por otra parte entretiene la esperanza de vencer que no le abandona nunca, mientras que reina el buen orden en los ejércitos, sin extravío ninguno.

Sucede lo contrario en aquellos ejércitos en que hay furor sin orden, como en el de los franceses (59). Flaquean ellos peleando, porque no habiendo logrado su primer choque la victoria con su impetuosidad, y no sosteniéndose su furor por el buen or-

(59) En tiempo de Maquiavelo y de los Romanos, enhorabuena. Pero hemos probado ya terriblemente á los italianos que sus antepasados no valían los franceses de hoy día. G.

den de aquel valor en que ellos ponían su esperanza, ni teniendo por otra parte con que poder reanimar su confianza cuando ella se entibia, acaban perdiéndola enteramente. Temiendo menos los romanos, por el contrario, los peligros á causa del excelente orden que les dirigía, y no desconfiando de la victoria, permanecían firmes y obstinados; peleaban con el mismo ánimo y valor, al fin que al principio; y aun estimulados con la acción de las armas, se inflamaban más y más (60).

La tercera especie de ejército es aquella en que no hay furor natural, ni orden accidental; y tales son los ejércitos italianos de nuestro tiempo, que por esta razón son absolutamente inútiles. Ellos mismos me dispensan de presentar ningún otro ejemplo para mostrar que los ejércitos de esta especie no tienen virtud ninguna.

Para hacer comprender, con el testimonio de Tito-Livio, lo que distingue una buena tropa de otra mala, citaré las palabras de Papirio Cursor, cuando quiso castigar á Fabio, general de caballería. Decía: «si no se respetan los dioses ni los hombres; si no se observan las órdenes de los generales, ni los oráculos de los auspicios; si varios soldados vagabundos y sin licencia, andan errantes en tiempo de guerra y en el de paz; si olvidando sus juramentos, se licencian á su voluntad, van donde quieren; si abandonan totalmente sus estandartes que ellos no frecuentan casi; si no acuden á los mandos, ni

(60) He aquí los franceses actuales. G.



hacen distinción ninguna entre el día y la noche, pelean, aunque valerosamente, en el lugar que no deben hacerlo, ya con orden del general, ya sin ella; si no obedecen á las señales, y dejan sus filas: no se tendrán mas que bandoleros, que pelearán ciegamente, y á la aventura, en vez de una tropa gobernada por el juramento y usos inviolables.» *Nemo hominum, nemo deorum verecundiam habeat; non edicta imperatorum, non auspicia observentur: sine commeatu, vagi milites, in pacato, in hostico errent; immemores sacramenti, se ubi velint exauctorent; infrequentia deserant signa; neque convenient ad edictum, nec discernant interdium, nocte, oequé, iniquo loco, jussu imperatoris pugnent; et non signa, non ordines servant; latrocinii modo, coeca et fortuita, pro solemnibus et sacratá, militia sit.*

Puede comprenderse fácilmente, por este texto, cuánto falta á la tropa de nuestro tiempo para asemejarse á lo que puede llamarse una verdadera tropa; y cuán remota está de ser ardiente y bien ordenada como la romana, ó á lo menos furiosa como la francesa (61).

## § XII

*Del genio de los franceses* [62]

Conocen ellos con tanta viveza los beneficios y

(61) Del tiempo antiguo. G.

(62) He aquí el lado malo. En lo moral, son y serán siempre los mismos. Han justificado el menosprecio que, desde mi primera juventud, este capítulo me había infundido para ellos. E.

perjuicios del momento, que conservan poca memoria de los ultrajes y bienes pasados y se inquietan poco del bien ó mal futuro.

Son tercos más bien que prudentes, y hace poco caso de lo que se dice ó escribe sobre ellos. Más avaros de su dinero que de su sangre, no son liberales mas que en sus auditorios, y en palabras.

El señor ó hidalgo que desobedecen al Rey en una cosa que concierne á un tercero, pueden obedecer de todos modos, cuando tienen lugar para ello; y si no le tienen, permanecen cuatro meses sin presentarse en la corte. Esto nos hizo perder Pisa por dos veces: la una cuando d'Entraigues tenía su ciudadela, y la otra cuando los franceses vinieron á acampar allí.

Cualquiera que quiere tratar un negocio en esta corte, necesita de mucho dinero, de una grande actividad y fortuna.

Cuando se les pide un servicio, antes de pensar si pueden hacerlo, discurren en el provecho que pueden sacar de él.

Los primeros convenios que se hacen con ellos, son siempre los mejores.

Si no pueden hacerte bien, te lo prometen; y si pueden hacértelo, le hacen con trabajo ó no le hacen jamás.

Son muy humildes en la mala fortuna, é insolentes cuando les es favorable la fortuna.

Hacen bueno por medio de la fuerza, lo que han proyectado sin mucha prudencia, y que se halla malo en sí.



El que ha salido en una grande empresa de Estado, está frecuentemente con el Rey; el que se haya desgraciado, no lo está sino rarísima vez; y así cuando uno se halla en el caso de hacer una empresa, debe mucho más bien considerar si ella saldrá o no acertada, que si puede agradar ó desagradar al Rey. A causa de que el Duque de Valentinois conoció bien esta táctica, vino con su ejército á Florencia.

En muchas cosas, estiman su honor groseramente, y de un modo muy diferente del de los señores italianos: por esto no se dieron por ofendidos de nuestras negativas, cuando enviaron embajadores á Siena para pedir que se les entregara Montepulciano.

Son variables y ligeros. Su fe es la que los antiguos llamaban *fe del vencedor*. Enemigos del lenguaje de los romanos, lo son también de su reputación.

Los italianos no están á su comodidad en la corte de Francia. Unicamente puede resistir allí, el que no teniendo ya nada que perder, se ve precisado á navegar á la aventura como un hombre perdido.

### § XIII

*Pintura de las cosas de Francia* [Fragmentos]

Los franceses son de su natural más fogosos que atrevidos ó diestros; y cuando uno puede resistir á su furor en una primera embestida, se vuelven hu-

mildes; y pierden en tanto grado el valor, que los halla cobardes como mujeres.

No pueden, por otra parte, soportar la estrechez é incomodidades; y el tiempo les hace aflojar tanto en campaña, que, si es posible hacerles esperar, los ven bien pronto en desorden; y entonces es fácil vencerlos..... Así, pues, que el que quiere triunfar de ellos, esté sobre sí contra su primer encuentro; que los entretenga para ganar tiempo, y los vencerá. Por esto decía César que «los franceses (galos) eran, al principio, mas que hombres, y al fin menos que mujeres (63).

Su natural los inclina á desear el bien ajeno; pero son después pródigos de él, como del suyo propio. Sin embargo, debemos decirlo en alabanza suya: si el soldado francés roba cuanto ve, es para comer, gustar fuera de tiempo lo que él ha cogido, y aun divertirse con aquel á quien lo ha cogido. Los españoles, por el contrario, ocultan y se llevan cuanto han hurtado, de tal suerte que no se vuelve á ver ya nunca nada de lo que han hurtado. Por lo demás, los pueblos de Francia son muy sumisos y muy obedientes á su Rey, al cual veneran sumamente (64).

[63] Sobre todo esto, están enteramente mudados.

(64) Hay más que alabar que censurar en todo esto. No se trata mas que de convertir en propio beneficio de uno lo que puede haber de vituperable en ellos. R. C.



## § XIV

*Rasgos de la vida de Castrucio Castracani, señor de Luca*  
[Fragmentos]

En una terrible batalla que Castrucio Castracani sostenía contra los florentinos, viendo que ésta había durado bastante para que ellos estuviesen tan cansados como sus propias tropas, mandó que se adelantaran mil infantes por detrás de los suyos, y ordenó á aquellos de los últimos que estaban más adelante, abrirse y hacer un movimiento de conversión, los unos á derecha, y los otros á izquierda, como si se retiraran (65). Esta maniobra dejó á los florentinos la facilidad de avanzar y ganar algún terreno. Pero habiendo llegado los cinco mil hombres de tropas frescas de Castrucio á las manos con los enemigos fatigadísimos ya, no resistieron estos, y fueron echados al río.

Castrucio tenía costumbre de decir que los hombres deben probarlo todo, y no espantarse de nada; que Dios es amante de los hombres valerosos, supuesto que le vemos castigar siempre á los débiles por medio de los fuertes (66).

Mandó dar muerte á un ciudadano de Luca que había contribuido á su elevación; y como le echa-

[65] Excelente táctica de mis Ejércitos de reserva. C.

[66] Cuando uno se cree el más fuerte, está seguro de tener á Dios por sí; y no lo dudan ya los pueblos, cuando ha quedado dueño. R. C.

ban en cara el haber hecho perecer á un antiguo amigo suyo, respondió que estaban en el error, porque él no había mandado matar mas que á un nuevo enemigo (67)

[67] ¿Son otra cosa los más de los que sirvieron para mi elevación? Un príncipe no debe conocer mas que al amigo del momento, al que puede serle útil, y dejar toda memoria de sensibilidad ante el peligro presente y futuro.  
R. C.

— + + + + + —